

LA TRANSICIÓN POLÍTICA Y LOS HISTORIADORES PERIODISTAS

Luis de Llera

Las estanterías de las librerías españolas aparecen cada vez más repletas de libros sobre la historia más reciente, es decir sobre el periodo de la monarquía constitucional de Juan Carlos I. Nos estamos acostumbrando a leer volúmenes sin notas, en el mejor de los casos adornados, en sus últimas páginas, con una genérica bibliografía general no siempre pertinente con el texto. Los argumentos tratados son innumerables, a veces muy específicos. Abundan las biografías de políticos, sindicalistas, industriales. En muchos de estos volúmenes cada capítulo se corresponde con un año de historia que, casi siempre, resulta el modo más fácil de resumir. Basta controlar las noticias más salientes del propio periódico y coserlas con desenvoltura. Desenvoltura referida a los acontecimientos que no pasan de simples crónicas, a las biografías donde los cuchicheos ganan la partida a la imagen, ideología y evolución del personaje.

No negamos el valor de este tipo de historia, capaz de informarnos acerca de los entresijos de partidos y políticos. Algunos de estos volúmenes de periodistas metidos a historiadores aportan estadísticas interesantes sobre economía, población, tendencia electoral, comportamientos sociales y religiosos. Otros explican con abundancia de detalles la rivalidad de los líderes del mismo partido.

Ecepto los documentos secretos, todo lo demás se ofrece al público en fácil lectura, adobado con el gusto por la ironía, mezclando acontecimientos con hechos de irrelevante importancia. Y precisamente esta mezcla — donde por ejemplo se dedican más páginas a la liga de fútbol, o a los amores extraconyugales de un político o de un jugador del C.D. de Barcelona — despista, a pesar de la numerosa información, al lector normal.

Este modo de hacer historia de nuestros periodistas metidos a historiadores ha contagiado también a los mismos profesionales de Clio. No

cabe duda de que la tendencia del mercado resulta la *causa causarum* de este nuevo modo de enfrentarse con la historia. Comprendo que profesores e investigadores capaces se dejen tentar por ella. Resulta duro aceptar que el periodista substituya al historiador, pues todos sabemos que un libro por flojo que sea, si publicado o distribuido por una editorial importante, será mucho más leído que el trabajo concentrado y conceptuoso publicado en una revista científica, sobre todo si ésta última no está incluida en el Olimpo de las más prestigiosas que, además, no son siempre las mejores.

Ninguna crítica, pues, a los historiadores periodistas metidos a periodistas historiadores. No somos nadie para pontificar sobre argumento tan delicado. Además no se nos olvida el dicho: «No digas nunca que de este agua no beberés». Sin embargo algunas consideraciones nos atrevemos a exponer. La primera, que la historia se está fragmentando demasiado. No es fácil a la hora de aconsejar a nuestros alumnos un libro que cumpla el cometido de ser una síntesis motivada y estructurada, con datos y referencias, con análisis que sirvan para encuadrar una época, con visión amplia del periodo — fruto de estudios parciales — y con la crítica objetiva que los hechos merecen. Y como esta situación se debe al tipo de historia periodística y comercial, los historiadores tendrán que plantearse la cuestión, sin menoscabo que de vez en cuando pueda aparecer un *best seller*, de la necesidad de volver a la historia documentada, conformándose con un público más restringido pero capacitado para comprender frutos y esfuerzos, sabiendo que la materia estudiada puede resultar, como la medicina, de interés para muchos, pero al mismo tiempo no deja de ser una ciencia y, como tal, apta solamente para profesionales y especialistas.

El libro que presentamos, *La España de las libertades* (Madrid, Espasa, 1997) se debe a la pluma de Juan Eslava Galán, licenciado en filología y doctor en filosofía y además ganador en 1987 del premio Planeta de Novela (*En busca del unicornio*). *La España de las libertades* es una crónica divertida e informal de 1973 a 1982; es decir desde el asesinato de Carrero Blanco hasta la victoria electoral del PSOE. Carece de los requisitos exigidos para ser un libro de historia académica. Desprovisto de notas y de referencias documentales, está escrito con estilo ameno pero demasiado coloquial (el capítulo XII reza así: *España se ha puesto cachonda*). No faltan pinceladas acertadas sobre la sociedad española y su psicología. Sin embargo acabada su lectura el lector medio informado poco puede añadir a su bagaje histórico sobre la época tratada. Entre otras cosas resultan escasas las referencias explícitas a la política exterior, ecepto las menciones consabidas de la ayuda de la socialdemocracia al PSOE. Y poco más, cuando, por ejemplo, cuenta la intervención del dictador rumano para mejorar las relaciones entre el rey de España y el entonces secretario general del PCE. Citamos un amplio párrafo por significativo tocante aspectos relevantes de la política de la transición:

«Franco había decidido traspasar el poder a Juan Carlos el uno de octubre [1975], una decisión de la que se volvió atrás por motivos familiares de Doña Carmen y el marqués de Villaverde, especialmente cuando le hicieron saber que el príncipe de España jugaba a dos barajas y, al tiempo que cortejaba a Franco y se mostraba leal servidor del Movimiento Nacional, procuraba ganarse a la oposición de izquierdas, ferozmente republicana. Alfonso Guerra declaraba: «Juan Carlos no es el futuro de España. [...] Su personalidad se confunde con la del régimen decadente». Y Santiago Carrillo: «El príncipe es una marioneta de Franco [...] un pobre hombre incapaz de toda dignidad» (en declaraciones a Oriana Fallaci, la famosa periodista internacional). El único modo de ganarse a la izquierda era asegurar que legalizaría sus partidos cuando ocupase el trono y con este propósito inició sus contactos secretos. Por ejemplo, enviando un emisario a Carrillo (via Ceausescu)» (pp. 60-61).

Argumentos importantes y delicados, con verdades de fondo innegables, pero expuestos con demasiada desenvoltura, con forma poco adecuada al contenido y, desde luego, sin otro apoyo documental que una entrevista a Fallaci desprovista de la correspondiente referencia.

A propósito de la agonía de Franco, Eslava Galán se atreve a afirmar: «La familia quería mantenerlo vivo hasta el 26 de noviembre, para asegurar que se renovaba el mandato del presidente de las Cortes Rodríguez de Varcárcel, buen amigo del *clan* de El Pardo». A continuación, respecto a las relaciones del rey con su padre, escribe: «Así estaban las cosas cuando don Juan Carlos se entera de que su padre está en París dispuesto a emitir un Manifiesto a la Junta Democrática en el que declara ilegal el nombramiento de su hijo. Para evitarlo, Juan Carlos envía al general Díez Alegría a entrevistarse con su padre a ver si puede hacerle entrar en razón explicándole que el Ejército está con su hijo, como sucesor de Franco, y que su hijo está en mejores condiciones que él de asegurar una restauración borbónica» (p. 68).

Se extiende bastante el autor del volumen reseñado sobre los equilibrios de Juan Carlos para accontentar a franquistas y demócratas. Después de calificar el mensaje de la corona del 22-XI-1975 de ambiguo, recalando el juramento de lealtad a las Leyes Fundamentales del Movimiento y del reino, narra brevemente el recorrido del cortejo real desde las Cortes al Palacio Real, dando a entender la poca popularidad del soberano: «En algunos tramos los peatones se detenían curiosos a ver pasar el cortejo e incluso algunos iniciaban unos tímidos aplausos al descubrir que se trataba del nuevo Rey. Al día siguiente ABC hablaría de atronadores aplausos al rey en las Cortes y aclamaciones de la multitud en la calle. En las Cortes es cierto que hubo atronadores aplausos y aclamaciones de los procuradores, pero a la familia de Franco, con los procuradores vueltos hacia el palco que ocupaban y desentendidos de los reyes, que abandonaban su tribuna al concluir la ceremonia» (p.70).

Juan Eslava no se declara monárquico ni republicano, pero de algunos textos no es difícil desumir las simpatías por el último. Por ejemplo cuando afirma «que el régimen de Franco, naciendo de un golpe de estado y, por tal, sin legalidad democrática, difícilmente podía legitimar a su vez a la recién estrenada monarquía constitucional» (p. 98).

Antes de afrontar el intento de golpe de estado de Tejero, teniente coronel de la Guardia Civil, da unas pinceladas oportunas sobre el ambiente cuartelero y los coqueteos de los partidos políticos con algunos generales presuntamente influyentes, dejando intuir que lo ocurrido no se debió sólo a un militar de segunda categoría como el mencionado Tejero: «Dos dirigentes del PSOE almorzaron con el general Armada, antiguo secretario de la casa del Rey, en la sazón gobernador militar de Lérida. Cuando le toque, se verán los alcances de aquella entrevista» (p. 176). Y a continuación da a entender que ciertos ambientes militares estaban muy propensos en ayudar algún político capaz de imponer el orden y detener el avance de los nacionalismos. En resumidas cuentas, la proclamación de un gobierno provisional con el respaldo de algunos sables no habría representado ninguna sorpresa ni para muchos de los altos mandos del Ejército, ni tampoco para algunos líderes de partidos: «En círculos políticos era corriente hablar de un posible golpe y se hacían quinielas sobre el cuándo, y el cómo y el quién, si golpe militar duro, si blando con predominio civil y apoyo militar etc. Generales preocupados visitaban a don Juan Carlos, lo rondaban, se entrevistaban, se telefoneaban» (p. 176-177).

Verdades como puños que refrescan la memoria de quienes las vivieron en primera persona. Otras tesis, en cambio, resultan absolutamente insostenibles por faltas de pruebas. En fin, algunas conjeturas sobrepasan el límite de la historia real para dejar paso a la imaginación, a la sospecha o a la intuición.

Dejando a parte las mezclas indiluibles de argumentos poco homogéneos en el mismo capítulo, el volumen está salpicado a veces de estupendas descripciones costumbristas, de chismorreos significativos, capaces de presentar aspectos esenciales de la vida y de la sociedad española actual.